

DEMASIADO JOVEN PARA MORIR



Peter Black continuaba sujetando a Dupin por el cuello. El inspector no conseguía respirar; abría la boca buscando aire con desespero. Intentaba pedir calma a su atacante, pero apenas podía hablar.

—No me fío de ningún policía, así que no me fío ti. Seguro que me queréis cargar los asesinatos —gritaba fuera de sí el marinero.

Yo retrocedí unos metros sin saber qué hacer. Me di cuenta de que el inspector alargaba disimuladamente su mano en busca de su pistola, situada en la mesa junto al sofá. Desgraciadamente, cuando estaba a punto de alcanzarla, Peter Black también se dio cuenta de lo que pretendía. Soltó bruscamente al inspector y lo estrelló contra la pared, lo que le hizo perder el sentido y caer al suelo.

A pesar de que estaba muy asustado, corrí hacia mi amigo y mentor. Apoyé mi cabeza en su pecho para comprobar si todavía latía su corazón. Sí, estaba





vivo, pero necesitaba ser atendido por un médico. Miré al marinero con odio. ¿Y si Dupin moría por su culpa? Tenía que ir a buscar ayuda. ¿Pero cómo? Peter Black sujetaba la pistola y me apuntaba con ella. Imposible cruzar la habitación y escapar por la puerta antes de que disparara. Pensé que me iba a matar y me quedé inmóvil como una estatua. El dedo del marinero acariciaba el gatillo. El cañón me apuntaba directamente al corazón. ¡Qué cerca estaba de irme al otro mundo!

Cerré los ojos y me imaginé que mi madre me abrazaba. Así, rodeado de su cariño, empecé a contar: 1, 2, 3, 4... Pasaba el tiempo y yo seguía vivo: ... 54, 55, 56... Así que abrí los ojos y comprobé que Peter Black, al menos de momento, no me iba a disparar porque acababa de guardar el arma en el bolsillo. A continuación, arrancó la cuerda de la cortina de la sala y me amarró las manos. Después desenganchó la cortina entera. Con ella me cubrió la cabeza y parte del cuerpo.

—Si gritas o intentas escapar, te mato —bramó.

Yo no veía nada. Me empujó para que caminara. Salimos de la casa y, tras avanzar 18 pasos, adiviné que estábamos junto a un carruaje porque oí el relincho de un caballo. Peter Black me introdujo bruscamente en un pequeño habitáculo de madera donde permanecí no sé cuánto tiempo. Por la paja que había en el suelo deduje que se trataba de una



jaula para transportar al orangután. El carruaje se puso en marcha instantes después. Me puse a contar de nuevo para calcular el recorrido. Deduje que, transcurrido un tiempo, habíamos salido de la ciudad porque, de repente, olía a bosque de pinos. Entonces, el carruaje se detuvo.

Desde que habíamos partido, yo había contado hasta el número 2.285. Eso, sin duda, significaba que estaba muy lejos de mi casa.



Tras obligarme a bajar del carruaje, Peter Black me hizo caminar 33 pasos. Después, me empujó de malas maneras hacia el interior de un establo pestilente. Mis pies crujieron al sentir la paja del suelo. Una vez ahí, me desató las manos y se alejó dejándome ahí encerrado; había oído cómo cerraba la puerta dando dos vueltas de llave.

Me saqué la cortina que cubría mi cabeza. Miré a mi alrededor, casi no veía nada. En el techo había una pequeña rejilla por donde se colaba un poco de la luz de la luna. El espacio solo media 4 pasos por 3. Comencé a gritar socorro y a pedir ayuda hasta que Peter Black se asomó a la rejilla y me exigió que me callara. Me amenazó. Me dijo que su intención era utilizarme como rehén. Su plan consistía en escapar llevándome con él y soltarme





cuando estuviera muy lejos de Boston. Pero si volvía a berrear, me mataría.

—He pedido a un amigo una embarcación para huir por el río Charles, pero no estará a mi disposición hasta mañana —añadió—. Si te portas bien, vivirás.

Cuando se alejó, me senté en el suelo aterrorizado. No me fiaba de nada de lo que decía. ¿Qué iba a ser de mí? ¿Cómo iba a escaparme? El frío del lugar me traspasaba los huesos. Mi estómago protestaba, pues llevaba todo el día sin comer. Cerré los ojos y visualicé a mi madre. Y por suerte, ella se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. Me quedé dormido no sé cuánto tiempo, hasta que me despertó un sonido que me resultó familiar. A pesar de la oscuridad reinante, identifiqué una sombra.

—¡Neverland! —exclamé dichoso.

¡Mi querido cuervo me había seguido la pista hasta donde estaba! Qué alegría sentí al verlo. Cavi-
lé un rato pensando en la mejor manera en que podría ayudarme. Finalmente, alargué mi mano para entregar a Neverland mi amuleto de la suerte: el ojo de muerto. ¡Había tenido una idea!

—Busca al inspector Dupin y entrégaselo.

Con su pico, el pájaro sujetó el ojo al tiempo que yo negaba con la cabeza. Ni siquiera sabía si el inspector estaba vivo, aunque confiaba en que sus hombres lo hubieran descubierto y auxiliado. Sin embargo, Neverland estaba acostumbrado a recibir órdenes





muy sencillas. ¡Y además era de noche! Tenía que preparar otro plan de huida por si Neverland no lo conseguía.

Por suerte, en ese preciso instante, me vino a la cabeza otra idea. Examiné la cerradura de la puerta aprovechando los rayos de luna. Rudy Gigant, el empleado de la funeraria de mi padrastro, había sido ladrón antes de trabajar como enterrador. Mi padre lo había contratado al salir de la cárcel porque así le pagaba menos. Y aunque había abandonado sus malos hábitos, a mí me había enseñado a abrir casi cualquier cerradura con un alambre. Rebusqué a tientas entre la paja buscando una rama. Pensé que, con un poco de suerte, serviría para abrir la cerradura.

En el primer intento no lo conseguí; la ramita se doblaba. En la segunda tentativa estuve a punto, cuando, inesperadamente, la rama se partió en dos. Cuando me disponía a realizar el tercer intento, apareció Peter Black. A pesar de su mirada vidriosa, enseguida interpretó lo que yo intentaba hacer junto a la cerradura. Al acercarse, noté que el aliento le olía a alcohol y que llevaba un hacha en una mano. Me acordé de mi padrastro. Ahora sí que veía mi futuro negro. Empezó a reírse histéricamente. La levantó... Yo cerré los ojos pensando que me iba a atravesar con esa herramienta. ¡El filo de la hoja me pasó a menos de dos dedos de mi cuerpo! Mi corazón iba a toda velocidad.





—No vuelvas a intentar escapar o ya te puedes ir despidiendo de este mundo —añadió.

Cuando me quedé solo, me desmoroné. La angustia me oprimía el pecho, me dolía el corazón. Estaba convencido de que iba a pasar a mejor vida en pocas horas. Incluso me pregunté qué tipo de madera utilizaría mi padrastro para mi ataúd. Sin duda, de pino, la más económica de todas. Ojalá que, al menos, el ataúd estuviera forrado de terciopelo para que fuera más comfortable. Igual mi madrastra se compadecía de mí y le convencía. Pobre, me echaría de menos. Ella me trataba bien y me hacía galletas. No quería irme al otro mundo sin comer por última vez sus galletas de mantequilla, las mejores de Boston y del mundo entero.

Enseguida pensé en mis hermanos. La pobre Rosalie estaba acostumbrada a seguirme a todas partes. A veces parecía un loro, pero nos queríamos mucho. Y William Henry, mi hermano mayor, vivía demasiado lejos para protegerla. Me acurrugué en el suelo y cerré los ojos. Vi a mi madre. Me pedía que fuera fuerte. Pero yo ya estaba llorando. Los dos nos abrazamos. Era demasiado joven para morir.



De pronto sentí unos golpes brutales contra la puerta. Debía de haberme quedado dormido. Estaba exhausto. ¿Era Peter Black que venía a matarme?





¿Pero por qué estaba destrozando la puerta en lugar de abrirla? Retrocedí hasta pegarme a la pared opuesta. Estaba lívido.

Por fin, la puerta cedió y vi a un agente de policía. ¡Había venido a rescatarme! Tras él, identifiqué a Auguste Dupin y más policías. Estaba salvado. Emocionado, me abracé al inspector con tanta fuerza que se quejó. Tenía parte de la cabeza vendada y el cuerpo dolorido. Me confesó que solo había recibido un golpe, pero que se encontraba en perfectas condiciones.

Luego me explicó que Neverland se había presentado en su despacho con el ojo del muerto. Lo había dejado sobre el escritorio. Dupin comprendió enseguida que el cuervo sabía dónde estaba. Lo único que tuvieron que hacer fue seguirlo hasta donde yo me encontraba.

Cuando salí miré al cielo. El sol estaba asomando por el horizonte. Lo primero que hice fue buscar a Neverland para agradecerle lo que había hecho por mí. Se posó en mi hombro. Le acaricié su cabeza con la yema de mi dedo haciendo pequeños círculos hasta que él me dio un cariñoso picotazo en el cuello.

Luego pregunté por mis padrastros. Me imaginé a mi madrastra llorando por lo que me podía haber pasado y a mi padrastro indignado y enojado. Dupin me dijo que estaban al corriente y que serían informados en breve de que ya estaba a salvo.

